

LA MONTAÑA.



EL «AITONA»

En la plazoleta del caserío, sentado en un poyo de piedra, á la sombra de añoso roble, el buen Anton, viejo, pero muy viejo, tanto que ya no podía coger la azada, ni seguir el arado, ni aun guiar la pareja de bueyes uncidos á la carreta, se entretenía en hacer áspera media.

Así pasaba días enteros, trabajando con afán, sin levantar cabeza de la labor, moviendo despacio con sus descarnados dedos las agujas, tal vez pensando en los días de su juventud, quién sabe si acordándose de la muerte, rezando quedito, como si, al mover los dedos, repasase las cuentas del rosario, hasta que, al anochecer, entraba en el cason.

Allí se sentaba bajo la ancha campana de la chimenea, cerca del fuego, y mientras comía en su escudilla de madera las sopas de leche; su único alimento, el perro, apoyando sus patas delanteras en las rodillas del viejo, aguardaba á que en el fondo de la escudilla le dejara algo; siempre el perro había de estar echado á los piés del abuelo, como si comprendiera que aquel hombre, ya débil, necesitaba cuidados y vigilancia, al caminar, paso á paso, hácia su abierto sepulcro.

La presencia austera y fría del anciano imponía respeto. Podía dársele muy bien la personificación de uno de los históricos siglos de la edad media: con la severidad de su apergaminado rostro, su larga cabellera y barba blancas, su estatura corpulenta, aunque ya algo inclinado, vestido con el parduzco *kapusai*, y con su hablar reposado, sentencioso, parecía un patriarca.

Cuando apoyándose en su cayado bajaba al llano, á ver labrar la tierra, los jóvenes dejaban las labores, y rodeaban respetuosamente al buen Anton: algunos le consultaban sobre algun trabajo, otros le pedían un consejo, todos que les contara alguna historia vieja mientras descansaban un rato. Entónces el anciano se sentaba sobre un haz de paja, los mozos se sentaban á su alrededor, y les refería alguna conseja ó leyenda, que él aprendiera en su juventud, intercalando máximas morales que le dictaba su experiencia de largos años.

A veces se le veía sentado al pié de un manzano, contemplando ensimismado el valle, el ir y venir de los labradores detrás del arado, ó los juegos de algunos rapaces que guardaban el ganado en un prado próximo.

El viejo sonreía amargamente al ver sus carreras y su contento. ¿En qué pensaría entónces?

LUIS BARRERA.

IRUDI BAT.



Lotan arkitzen nitzan,
Ta zan goizaldia;
Ametsetan nebillen
Zeruko bidia,
Urrutitik entzunik
Musika ezta.

.

Ontan allegaturik
Ni esnatutzia,

Argi ikusi nuen
Nere irudia:
Zan Santa Zeziliaren
Egun pozgarria,
Kalez-kale zebillen
Gure gazteria,
Amaren sabeletik
Musikalaria;
¡O!... au da Donostia!
¡Au nere erria!

ANTONIO ARZÁC.
